

Ivan Parra

# Camaleón y otros cuentos vagabundos



Beca de  
Creación  
Cepac

Ivan Parra

Camaleón y otros cuentos vagabundos



Ivan Parra (Tunja, 1988) ha sido autor y compilador de la Antología literaria *Escritores inéditos* (2012) y la Antología Poética *A tientas del olvido* (2013) con la editorial del Teatro Popular de Tunja. Cursa la Maestría en Literatura de la UPTC. Afirma que su proyecto creador está en obra negra. Actualmente deambula *Las fronteras invisibles* de Tunja con la obra *Camaleón y otros cuentos vagabundos*.



ALCALDÍA MAYOR DE TUNJA



Alcaldía Mayor de Tunja  
Secretaría de Cultura y Turismo



ALEJANDRÍA







Camaleón

y otros cuentos

vagabundos



Ivan Parra

Camaleón  
y otros cuentos  
vagabundos

Las fronteras invisibles de Tunja

Beca de Creación Cepac  
Alcaldía Mayor de Tunja  
Secretaría de Cultura y Turismo  
2017

**Camaleón y otros cuentos vagabundos**

**Ivan Parra, Autor**

ISBN: 978-958-48-2688-6

© esaguavioleta@hotmail.com

Cel: 300 313 6159

Fotografías carátula y contra carátula:

Karen Aniza Sosa Murcia

Corrección de estilo:

María Paz Guerrero

Diagramación e Impresión:

Corporación Cultural Alejandría

corporacion-alejandria@hotmail.com

Tunja, Boyacá - Colombia

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio impreso o digital  
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

A Karen y Gabriel



## Presentación

Las historias se anidan en los recovecos, sigilosamente se esconden en lugares comunes pasando desapercibidas para los transeúntes, vidas camufladas en el tráfico, en el humo, en las calles y los parques que son habitados por personajes invisibles a quienes el Estado y la sociedad misma han querido borrar, *Camaleón y otros cuentos vagabundos*, logra escudriñar en esos rescoldos, arañar en las fronteras invisibles de Tunja, una narrativa que muestra la realidad incómoda escrita sin prejuicios, presentando de modo singular las angustias, los abismos, los males que nos agobian a través de personajes que con inocencia o sedicia viven la tensión del conflicto en Colombia. Se vuelven monumentales las situaciones en que se destilan los pequeñas dramas urbanos. Vendedores ambulantes, habitantes marginados, perros, ancianos, seres que dibujan la representación de la ciudad y sus calles con la indiferencia, la competencia, la soledad y el anonimato, síntomas utilitaristas de nuestra sociedad, donde se impone la ley del más fuerte, la universidad como esa universalidad en dónde la subversión muestra una necesidad de cambio, el arrojo con que algunos jóvenes intentan buscar la equidad y el amor como fuerza emancipadora y a la vez aplastante, Tunja una ciudad de perros.

Este trabajo de escritura es una muestra de humanismo donde salvar al otro es salvarse a sí mismo, una reflexión encaminada a transformar la mirada del otro, a crear conciencia en una sociedad donde se ha cosificado todo, el autor no sólo es capaz de describir con ahínco la intimidad de la calle, sino de desentrañar su esencia, sus códigos, sus nudos; sin duda es una invitación a leer la otra ciudad, esa ciudad de fronteras invisibles.

*María Francia Blanco*

## Anita de los inciensos

Picó varias veces su cuchillo en el poste y escupió sobre el zapato. Los relámpagos estremecieron los límites de la ciudad. Intentó abrir la puerta de su casa, la forzó, la pateó, pero nadie abrió. Su mamá ya le había hecho la advertencia y esa noche puso el pasador, Anita no dormiría en su casa. Siguió su destino. Se detuvo frente a una casa a mirar una cena familiar más allá de las cortinas. Esa imagen borrosa se petrificó en su cabeza.

Recordaba la tarde en que su madre había preparado mojarra asada con patacones, aguacate y arroz. Su padre había regresado de un viaje de carga y se había bajado del camión con la maleta sucia, un guacal de cocos y un dinosaurio de goma que ella destapó sin precaución. Se distrajo en el patio montando la muñeca de palo sobre el dinosaurio fosforescente. Los gritos de sus papás se confundían con los rugidos del animal.

La mamá miraba el plato mientras él devoraba su pescado. Ella masticaba despacio. El papá se apartó de la mesa, dejó el plato vacío y salió con un palillo entre los dientes sin dar gracias y eructando. Doña

Graciela apenas probó bocado y tomó un sorbo de jugo, ya se le había esfumado la sonrisa de la mañana. Anita se quedó jugando con el arroz y los huesos del pescado.

Nubaldo la cargó en sus brazos hacia la cama. Estuvo trasteando cosas hasta muy tarde. En la madrugada el estruendo de su camión la despertó. Llevaba una llanta sobre el hombro que guardó en la carrocería, sacó las llaves y desactivó la alarma. Mientras ella bajaba las escaleras su padre arrancó. Nunca pudo despedirse.

Esa imagen vaga hacía parte de la frialdad de su piel. La humedad le achicharraba la espalda. Aún compartía el mismo techo con su madre, pero ella ya no le guardaba la cena en la estufa y todos sus encuentros acababan en peleas. Las caminatas en la finca de los abuelos se habían terminado.

La lluvia había espantado a los transeúntes que invadían los andenes. Fumaba al ritmo de sus pasos, se distraía con los charcos y las lágrimas que escurrían en las ventanas. Un bus pasó chispeándole restos de lodo, Anita rugió injurias que no alcanzaron los oídos de los pasajeros.

Llegó al parque, buscó en las escaleras que se escondían detrás de las canchas, se metió debajo de la lona que improvisaba una carpa. La recibieron con:

— ¡Hola mamacita!

El humo nublaba el espacio y una gotera marcaba el compás de la noche. Manuel sostenía un radio de pilas y apostaba plata con Leonautos sobre una silla de carro. Ganaba quien dejara la cajetilla parada verticalmente. Anita se burlaba de los gestos que hacía Manuel al arrojar la caja. En esa ocasión le puso el apodo de Guasón. Fumaron siete plones de chirri y un cuarto de cajetilla de Mustang. Manuel partió al amanecer, ellos intentaron dormir en la silla. Al final la lluvia cesó.

El bochorno y los ruidos del parque la incomodaron, despertó a su amigo con el rayo de sol que ventilaba la carpa. Cerca al terminal retacaron pedazos de pescuezos y patas de gallina, algunos sobrados de papa y carne quemada. El ocaso se consumía en las lomas. Pero ellos iban de cacería. Esparcían, a su paso, un olor a leche en polvo quemada. Doblaron la esquina, Anita se mimetizó en la capota y él en su gorra, el filo del cuchillo se asomaba en el borde de la manga y un mechón violeta se le escapaba por el corte de la chaqueta.

—Qué hubo Barbie, le perforo ese pulmón o qué, suelte ese bolso a ver.

—No me robe por favor... No... no sea así... No, por favor... no Nenita...

— ¡Cuál Nanita ni que hijueputas!, agarró su presa del pelo, diciéndole a su amigo:

—Búsquele en los bolsillos del pantalón, ahí guarda lucas.

—No hay nada, respondió él.

—Yo soy “La diabla” oyó, dijo sacudiendo la cabeza y picando el cuchillo contra la pared. La pateó de nuevo.

La despojaron de los zapatos y corrieron lo bastante para poder revisar el bolso en la sombra de los callejones. Se dirigieron hacia el sur de la ciudad. Leonautos cambió el celular por doscientos mil pesos en una bomba de gasolina. Anita compró una botella de aguardiente y dos paquetes de cigarrillos. Se desviaron por la vía destapada, golpearon en la puerta podrida, un hombre asomó la cabeza de lado a lado, luego les dio la bienvenida.

En el patio, enseguida del pasillo, era fácil estrellarse con rostros de pánico y recelo. El jíbaro los guió a una de las diez habitaciones. Anita descansó sobre el colchón mientras Leonautos recibía el paquete de papeletas y el jíbaro contaba los billetes. Restos de materia fecal estaban resecos en los rincones. Pedazos de papel aluminio brillaban con los rayos de la luna en la entrada de la habitación. Juiciosamente desocuparon una a una las papeletas hasta que los cantos de los gallos se colaron en los suburbios.

En la mañana, después de una jornada de chirri, ella regresó al parque y pidió monedas para una bolsa de agua. Un vecino, que practicaba piruetas de *parkour* en las gradas, le ofreció cuatrocientos pesos y sonrió. Ella cruzó las tres cuadras e intentó, de nuevo, abrir la puerta de su casa. Al entrar ojeó las ollas en la cocina, estaban vacías. Se encerró en el cuarto, intentó descansar pero la taquicardia la tomó por sorpresa en la cama.

No podía dormir. Pensaba en lo que había sido antes de las jornadas suicidas cuando cursaba noveno grado. Su belleza distraía la mirada de los hombres y la ciudad parecía tan inmensa. Un deseo de adivinarlo todo crecía en su interior.

Una de las tardes en que solía tomar un baño de agua caliente, observó los dedos de sus pies un poco arrugados y las gotas que resbalaban por su cuerpo. Cerró el grifo, se secó minuciosamente y envolvió la toalla en su pelo mojado. La pintura angelical de su cuerpo se imprimió en el espejo por unos instantes. Se enfocó en la tensión de sus pezones y de sus piernas. Sacó un conjunto de ropa interior negra, el pantalón de cuero y varias camisas. Se aplicó polvos en su rostro, con la tapa de la vaselina encrespó sus pestañas, y las embadurnó con un azul eléctrico. Se escuchaba la canción de entrada de la novela de las cuatro, Guadalupe. Durante cuarenta minutos se alisó el pelo violeta hasta que los regaños de su madre la interrumpieron. Se acomodó la chaqueta y el bolso. Salió con un billete arrugado entre sus manos y un beso que la mamá manchó en su mejilla.

En el último andén de su barrio divisó los cerros a lo lejos, las diminutas casas que le seguían y la cúpula de una iglesia a la que jamás entraría. Más adelante escuchó el estallido de una mecha en las canchas de tejo y un corrido prohibido que sonaba en la rocola. Llegando al semáforo el piropo de un taxista la espantó.

En el monumento de Los Hongos se encontró con su amiga Leidy que la sujetó del brazo mientras se adentraban en las calles y vitrineaban juntas, carcajadas iban y venían. Un *skater* maniobraba la patineta cerca de ellas. La mujer invidente cantaba boleros desintonizados. En la plazoleta fumaron dos cigarrillos. Por las escaleras se acercó un *punk* que amenazaba con su cresta al cielo.

—Oye nenita me podés regalar un *chester*.

Leidy extendió la cajetilla de cigarrillos. La complicidad fingida terminó con un café en el pasaje. Esa fue la primera vez que habló con Julián. Tres meses bastarían para que se le metiera en el corazón y se arrastrara por ese mundo irresistible y desconocido aún.

Por esas épocas, había cumplido diez y seis. Ya había protagonizado varias borracheras. En la entrada del toque, Alejandro repetía la estrofa “Vive tu vida”, Leidy y Anita lo saludaron con beso en la mejilla. Los latigazos de la fogata le recordaron los días de vacaciones en la finca de los abuelos paternos. El olor a leña se adhería a la ropa mientras el viejo Roncancio le contaba sus aventuras de militante en la guerrilla, o de las incursiones de Los Chulavitas en la vereda cuando jugaba trompo. Anita se sentó alrededor del fuego.

En medio de las llamas vio desocupar dos botellas de alcohol antiséptico en la olleta, así descubrió cómo flamear el chámber y el toque secreto a sabor tequilado que le daba la gaseosa cuatro. Cuando le

ofrecieron la botella tuvo ganas de irse y pasar las vacaciones con sus abuelos, pero el comentario de Alejandro la asechó:

—Sin mente nenita que somos bastantes gargantas.

La botella rotó lo suficiente para emancipar la euforia. Su amiga Leidy se incomodó por el humo que emanaba de la pipa de aluminio. Anita prendió otro cigarrillo y dijo:

—Para espantar el pisquero.

En la parte superior del parqueadero se probaban los amplificadores, el bajo y la guitarra. En el micrófono Alejandro anunciaba:

—La buena para los parceros de las bandas de tabogo, Vomito de Hiena y Escroto de Presidente. La buena en los parches. Con ustedes la banda Punkis Lascivas.

Los chiflidos y la bulla escapaban por las tejas de zinc del parqueadero.

El toque había empezado. Lo primordial no era la afinación de los instrumentos sino la arrogancia de los rostros que se disponían al pogo, los pantalones arremangados que se pegaban al trasero, las chaquetas de cuero que parecían prestadas.

Hicieron varias conjeturas sobre la sofisticada dotación sexual del anfitrión.

—Te imaginas, —comentó Leidy mientras Julián pulía su cresta con jabón Rey.

Alejandro liaba un porro con la sutileza de un artesano, Leidy ofreció el encendedor y lo obturó varias veces, fumaron mientras el pogo se agudizaba.

—“La mente condena tu cabeza y no te deja libre”, repetía desde el micrófono Julián.

Anita se sentía atraída por la ira de sus palabras y la libertad de sus movimientos. Durante la presentación de la tercera banda Leidy la sujetó del brazo y le rogó que la acompañara al baño. Vomitó un rato y no quiso salir. Anita golpeó insistentemente. Preguntó por el encargado del parqueadero. En la habitación que le indicaron escuchó los gemidos de una mujer y el jadeo de su compañera, una minúscula humedad se dilató en sus labios.

De prisa, atravesó el lugar para ayudar a caminar a Leidy que se tambaleaba distante del pogo. Entonces cuidó el sueño de su amiga y conversó con Julián de las injusticias sociales, del imperialismo, de la bota militar, de lo valioso que eran los taches y la cresta. El libre albedrío del cuerpo para probarlo todo, hasta la heroína. Continuó bebiendo cada vez que Julián le pasaba la botella.

La banda Pesticida llamó a su vocalista. Desde el escenario en el micrófono, Julián le dedicó la canción “Otra mujer” de Dos Minutos. Julieta le ofreció un pase de cocaína. Quizás la sed o el sabor del chamber, la habían incitado a olerlos. Una sensación de frescura calcinó su fosa nasal. Julián volvió a cantar, ella se paró de inmediato al pogo y dominó los pasos en la pista. Mientras Julián admiraba sus movimientos, en ella nacía una atracción descomunal, una especie de adoración hacia él.

A las tres de la mañana, recordó a su mamá y a la de Leidy. Pero estaba la sonrisa de Julián, los besos etílicos, la seducción de las palabras en el cuello, cerca de la boca. Las manos de él se posaron por sus piernas, por su sexo. En el mismo baño donde horas antes había vomitado la amiga, Julián desajustó los brasieres y bajó con fuerza el pantalón. Anita le quitó la chaqueta, la camisa, desapuntó las botas y el jean. Empezó a succionarle los labios, sus manos acariciaban la espalda ancha, apretaban los glúteos. Él le subió una pierna sobre el inodoro jalándola del pelo mientras chupaba sus senos y empujaba con potencia. Se consumó con sigilo lo que habían conspirado con cautela.

Durmió lo suficiente para olvidar el dolor en los pies, en la garganta y para borrar de la memoria la jornada de chirri con Leonautos. La despertaron los ruidos del camión de la basura, una sed de ascuas la carcomía por dentro. Metió la mano en el bolsillo y encontró los cuatrocientos pesos que le habían regalado el día anterior en el parque. Se miró al espejo, no era la misma mujer que una vez se había enamorado de Julián, en su rostro había crecido la soledad y el desprecio por los otros. Bajó y se tomó tres vasos de jugo que sacó de la nevera. Tomó el portarretratos de su bautizo en la sala. Observó uno a uno los personajes de la foto, al lado izquierdo su abuelo Roncancio, en seguida la abuela Josefina, ella estaba en el centro con un vestido azul celeste y balaca blanca. Detrás de ella monseñor Augusto Castro, en ese orden seguían la mamá y el papá. Soltó un suspiro y lanzó

el portarretratos contra la pared. Prefirió contener las lágrimas para no perder la dureza.

Tan pronto como terminó de maquillarse la mamá entró a la casa. No alcanzó a saludarla cuando escuchó:

—Esta vagabunda, chupe droga en el parque, coja sus chiros y se me larga de la casa, entrégueme las llaves de una vez. Y deje de andar con ese poco de ampones calle arriba y calle abajo.

Anita la empujó por los hombros y antes de salir de la casa le dijo:

—Qué va, estaba con mis parceros de farra. No les ponga cuidado a esas viejas chismosas que me llevan en la mala.

Cerró abruptamente la puerta.

Caminaba por las calles batallando con su cabeza. Se preguntaba por su mamá, ¿la sacaría de la casa? Estaba defraudada por la plata que le había cajoneado. Por el computador de Leidy que le robaron en los bares del norte. Por un poco de enredos que había coleccionado después de escaparse del centro de rehabilitación. No soportaba los baños de agua fría en la madrugada, o los castigos de palo que le daban en la Fundación Sádicas. Antes consumía pocos plones con el pretexto de relajarse. Pero cuando la encerraron, los internos la acorralaron hasta lo más bajo, tenía que fumar chirri con ellos o la apuñalaban. Anita lo había probado, pero no con esa persistencia.

Había desarrollado una protección contra el hambre fumando cantidades excesivas de cigarrillos. Sin em-

bargo, ese día pensaba en reunir las monedas para comprar una sopa. Había perdido la corpulencia y la alegría.

Atravesaba los andenes intentando vender los inciensos, unos pasaban desinteresados al lado suyo, otros cambiaban de acera para no estrellársela en el camino. Ella explotaba un número prodigioso de groserías a lo lejos. Otras veces pasaba contándole a la soledad situaciones confusas sin respuesta. Insistía en ser escuchada.

Apretaba los inciensos en su mano y caminaba. Con el cansancio de siete años de paseo por las calles, le pesaban las piernas y la piel se le escarapelaba. El calor carcomía los baldosines de la plaza, las palomas descansaban sobre los techos de barro. Había perdido la cuenta de las veces que había subido y bajado por esa misma ruta. El monólogo incesante se le escapaba:

—Maldita sea la hora en que te conocí Julián... Nadie colabora. ¡Compre un incienso! ¿Me hace un favor? doscientos pesos... Lleve, lleve un paquete. Ah esa cucha jode mucho. Que me deje sana La Mosca sí o no... Gástese una pola papi...

Tuvo la intención de visitar esa tarde a su mamá, de reparar el portarretratos con la foto del bautizo que había roto la mañana anterior. Se sentó bajo la sombra de un pino en el parque Santander, se quitó el mugre de las uñas, sacó un tarro de crema palidecido, se la aplicó y con el revés de la camisa limpió su cara. Los cartuchos la llevaron de regreso a la finca de sus abuelos, a las onces de leche con plátano asado. Se odió a sí misma por no despedirlos

en el entierro. Mientras el humo del cigarrillo se esparcía, Julián y Leonautos aparecieron inesperadamente y se sentaron nerviosos a su lado. Hablaban entre cortados.

—Marica es que nos robamos una chata y nos vienen siguiendo, encalétela por allá abajo que esos tomos nos tienen azarados.

Envolvió el aparato en la bufanda, se escabulló en los matorrales y cumplió con el mandado. De regreso, por el andén de los jardines, dos motorizados y la patrulla de policía los rodeaban. Detrás, se estacionó una camioneta Peugeot.

—Esos dos fueron los que se robaron el radio del carro, tranquilos malparidos que mi primo trabaja para el F2 y de esta no salen vivos. Mi señor agente estos malparidos se lo robaron...

—Ya los requisamos y no tienen nada, respondió uno de los patrulleros.

—Pero los veníamos siguiendo, ¿sí o no mi señor agente?

—Pero no tienen nada ¿Qué hacemos?

La víctima abrazó al teniente y lo condujo hacia la camioneta. Ninguno en la escena escuchó lo que en esa charla se había pactado. Anita corrió hacia ellos con los pulmones saliéndose del pecho.

El teniente anunció en la radio un doble Lleras y solicitó la asistencia del perímetro blanco. Los subie-

ron a la patrulla. Mientras que ella los defendía con sus mejores improperios. También la capturaron. En la salida a Chiquinquirá la bajaron gritándole que se largara.

Ella se negó y le propuso un intercambio al teniente para arreglar la situación, insinuándosele sin pasión. El teniente la escaneó de arriba abajo. La manoseó sin pudor. Ella tuvo ganas de vomitar pero no había probado bocado en días. El otro patrullero le dijo a los dos amigos que permanecían adentro:

—Les doy treinta segundos para que se abran de aquí, mar, mar, mar...

Bajaron corriendo por el barranco, alertas al sonido de algún disparo. Julián echó de menos a Anita. De nuevo, la subieron a la patrulla. En las afueras de un sitio que ella no reconocía, la bajaron. Allí los esperaba una camioneta Ford 4x4 sin placas en cuyo interior había dos ocupantes. Discutieron ansiosos durante unos minutos. Después uno de ellos dijo:

—Pero nos dejaron este regalito.

El primero de ellos desabotonó su camisa y entró, la patrulla se estremeció de lado a lado, mientras chirreaban los amortiguadores. Cuando el tercero intentó complacerse, Anita sacó el cuchillo del lugar más secreto, se abalanzó sobre él pinchándole puñaladas certeras en el ombligo, las costillas y la espalda.



## El Tonny

Tonny había despertado con el olor a fritanga y mondongo que venía de las carpas de comida en la plaza de mercado. Latía en el centésimo intento que había hecho para huir, pero sólo había logrado ensangrentar más el lazo que lo ataba de su cuello. Repitió el mismo gesto indeseable hasta el atardecer, el lazo había tomado un color café carmesí. Mucho antes de estar amarrado Tonny hacía los paseos al páramo con los chapuzones en las quebradas. No esperaba morir de sed sino de viejo. Pero no pudo. Cuando aulló la luna se hizo sorda y todo a su alrededor se silenció. En la madrugada llegó el sereno que le apaciguó el cansancio. Aguantó siete días hasta que una papa lo atoró.

El Tonny había sido el perro del Abuelo, aunque en muchos cuerpos, un auténtico Gozque que ladraba cuando las terneras eran necias... El Abuelo bajaba los viernes a Tunja a comprar el mercado de la semana. No faltaba el chocolate, el queso de hoja, la canasta de Leona Cachorra, y el kilo de hueso poroso que Tonny saboreaba desde que los ruidos del motor Nissan traían de regreso al Abuelo y el mercado. Tonny movía la cola, se la mordía, brincaba, hacía

unos piques de poste a poste, intentaba quitarle de las manos los billetes del pago del acarreo, pero él lo espantaba con un bordonazo.

El Abuelo descansaba en el patio de la casa que estaba ubicado en medio de la cocina, el desván y los cuartos. Desde ahí llamaba al tío para que destapara una Leona, echaba su sorbo al suelo y desocupaba un cuarto de la botella, así finalizaba el ayuno. Tonny no se le quitaba del lado hasta que él le arrojaba el hueso poroso, de un brinco lo atrapaba en su hocico, se lo llevaba por detrás de la casa y lo rumiaba la tarde entera. A veces también le tiraba la mitad del almuerzo.

El Abuelo era un guardia de los páramos, los caminaba seguido. Ir con él al bosque andino era muy raro, conocía el nombre de cada planta que crecía por el sendero, dictaminaba sus bondades curativas y sus formas de preparación. Yo era un niño que se perdía en las líneas puntudas de las hojas, los colores electrizantes de los cirios o los rastros de musgo en los troncos. Tonny tampoco le prestaba atención, a él le fascinaban los paseos porque de vez en cuando atrapada una liebre o un pájaro en su hocico. El Abuelo tenía la costumbre de lanzar a Tonny a la quebrada, luego el perro sacaba la cabeza y nadaba hasta la orilla.

Corría hacia nosotros y se sacudía al lado del Abuelo mientras él se echaba una carcajada. Cuando él sentía la ruana mojada corría detrás de Tonny para alcanzarlo con el bordón. Una vez metió la pata en el río y tuve que reírme en silencio para

no sacarle la piedra. Le molestaba mucho que se burlaran de él.

Cuando los Tonny no ladraban con el mismo vigor, o se estrellaban con los postes de las cercas o no atendían los llamados del Abuelo, o cojeaban por la displasia de cadera, él hacía una caminata desde la vereda de Quebrada Vieja en Soracá hasta la plaza de mercado en Tunja.

Esa tarde dejó amarrado al perro por detrás de la casa. En la madrugada, el Abuelo bajó con el bordón, un bulto de mazorca que había recogido la tarde anterior, y con Tonny jalándolo del lazo. Por el camino no le permitió acercarse a las quebradas, en la avenida central los recogió el carro de la leche.

Se bajaron en el barrio San Francisco cerca de la plaza de mercado. El Abuelo desayunó en la tienda cerca de los establos del ganado con un trago de chirrinchi y cinco wiskys, el perro observaba cómo el Abuelo vaciaba las copas. Pidió el favor de que le guardaran el bulto de mercado. Tonny tenía una sed insaciable, se hubiese bebido toda la Quebrada Vieja. Un olor a estiércol de ganado lo tenía en estado de letargo. Poco a poco se dejó caer en el lodo y cerró sus ojos.

Lo despertó el tirón que lo ahogaba lentamente, cuando el Abuelo lo arrastró por la plaza de mercado, Tonny trataba de aferrarse con sus patas al suelo pero su débil cuerpo no le respondió. Lo llevó detrás de los establos, lo amarró a un poste y lo observó con la frial-

dad que lo acompañaba desde que era militar en el Tolima. Jadeaba sin aliento. Tonny lo miró como la primera vez que se encontraron en la plaza de mercado, cuando era apenas un cachorro. El Abuelo humedeció sus ojos. Sobó la cabeza de Tonny, la juntó con su frente, y le dijo:

—Gracias perro hasta hoy nos tocó.

Y se fue justo en el momento que los primeros rayos del sol acariciaban por sorpresa los pastos. Casi sin fuerzas, Tonny se consumó en el sueño.

El Abuelo se tomó tres wiskys y una ronda de Leonas con otros campesinos amigos de él. Reclamó el bulto de mazorca que había dejado a guardar, se echó sobre la ruana el bulto, atravesó la multitud de puestos de fruta, hortalizas, canastos, gallinas y cerdos. Minutos después se bajó de un bus en la entrada de Tunja y se tomó otra Leona en la tienda del Buen Vecino. Hacía poco nos habíamos levantado, cuando golpearon. Yo le anuncié a mamá la visita del Abuelo. En la sala se saludaron. Mi mamá le recibió el bulto de mazorcas, enseguida le ofreció un tinto, pero casi no lo recibe, tampoco quiso desayunar. El Abuelo me sentó en las piernas, me hizo cosquillas y me balanceó en su rodilla.

Al rato sacó un “billetico” como él decía, y me lo entregó, era una india de diez mil pesos, yo le di un pico en la mejilla y un abrazo. Se despidió de mi mamá y me dijo que lo acompañara a coger bus, hizo una estación en la tienda del Buen Vecino, se tomó otra Leona y me gastó un paquete de papas. Lo dejé en el bus que pasaba arriba de la tienda y me devolví a comprar un huevo sorpresa.

Ya había pasado un día completo desde que el Abuelo lo había dejado amarrado detrás de los establos. El sol de mediodía le calcinaba el cráneo, la herida que había marcado el lazo en su cuello le irritaba la garganta. Se había cansado de aullar cuando el celador de la plaza escuchó sus llantos de entrañas. Se acercó y lo intentó soltar pero Tonny lo atacó, el celador se devolvió a traer una taza de agua y la arriñó a su hocico. Tonny se estiró a beber y de inmediato el celador rompió la cuerda de un machetazo, muy cerca del nudo atado en el poste. Tonny salió a correr y se perdió por las calles del sur. Asaltaba las bolsas de basura que se atravesaban a su paso.

Tardó cinco días en llegar a la finca, se le pronunciaban los huesos, las costillas en el cuero de la piel, y cojeaba con la cabeza agachada. El Abuelo lo observó desde la puerta de la cocina, con un remordimiento que le subía por la garganta, el perro llegó a la entrada y se derrumbó, la abuela le lanzó un pedazo de carne cruda, Tonny pudo chasquearla de a poco. La abuela le sirvió suero de leche en la taza, cuando el perro tomaba le sangraba el cuello. Por un momento el Abuelo dejó descansar al perro. O el perro al Abuelo. No estoy seguro.

Más tarde él llamó a Tonny, le dio unas papas y se fueron caminando rumbo al bosque de alisos. Él lanzó una sogá sobre la rama de un tronco, tomó las dos puntas e hizo una argolla de nudo corredizo. De nuevo, llamó al perro y le ofreció otra papa, le pasó la argolla por el cuello y jaló de la otra punta de la sogá,

mientras las patas del perro se movían por los aires y sus gritos en silencio escupían la papa al cielo.

El día del mercado trajo entre sus brazos otro gozque al que llamaba Tonny con una sonrisa de página en blanco.

## Camaleón

Los tres espectros se pararon en frente de la valla con la convicción de intervenir el paisaje de la ciudad. A lo lejos, en el paradero de tintos, se confundía el sonido de los aerosoles con las canciones de año nuevo que sonaban en la emisora. Habían pasado parte de la madrugada aplicando las pinturas. Faltaban unos detalles para delinear las piezas. Justo en ese minuto Toxy le dijo a Critor:

– ¡Salte gil, salte loquita! Se lanzaron los tres al jardín.

– ¡Me tronché un pie!, se quejó Critor.

–Corra que el toambo se bajó del techo, corra, le dijo Toxy a Shorty y lo jaló de la punta del saco.

– ¡Píquele por ese bosque que en la casa llora, por gil!

El policía se detuvo un momento, aunque casi no los divisaba desenfundó la pistola y disparó tres veces hacia ellos. Las alarmas de otras patrullas sonaban por las calles aledañas, más allá del bosque del Club del Comercio los ladridos de los perros se distorsionaban con las sirenas.

Una hora y media antes de haberse escondido debajo de la construcción en ruinas, las luces de navidad ya pululaban en las casas. Critor había mirado el reloj, eran las doce y dos minutos, cerca al barrio había escuchado, uno tras otro, los cohetes que se elevaban y explotaban.

A Critor le llamó la atención un hidrante de color bronce con chispas de moho. Sacó una pegatina y la emplazó en la cabeza del hidrante, pegó la segunda en la señal de pare. Teuso armó un porro y Shorty destapó una botella de vino Sansón, Critor les mostró la otra botella de vino cariñoso que había tomado de la ancheta antes de salir:

– ¡Hoy si vamos a rayar horrendos Wildstyle!, dijo arrojando un poco de vino al suelo:

–salud.

Critor se encaprichó en pintar un *tag* en el segundo piso de los edificios Altos de la Calleja. Esperaron a que no transitaran carros por la calle. Cuando se subió en el techo del sótano se oyó el crujido de la teja. Shorty lo apresuró a que se bajara de allí.

Más adelante tomaron algunos tragos del vino Sansón en La Fuente de Aguayo. Una manada de perros perseguía a una perra bóxer que estaba en celo, cuyo lazo se arrastraba por el asfalto. Caminaron por la avenida del parque recreacional, en donde dos ladrones les pidieron monedas. Toxy les regaló dos cigarrillos y se despidió chocando los puños. Se acercaron con sigilo por los rieles de la estación, sin

embargo, un vigilante custodiaba los vagones del tren. Entonces cambiaron de objetivo hacia el norte en busca de un muro baldío.

Fue en el Club del Comercio donde a Shorty se le ocurrió pintar los Wildstyle en la valla del techo, se subieron por las rejas de una ventana y cada uno comenzó a pintar. Teuso los esperó abajo y administró las botellas. Shorty tenía un aerosol blanco y uno negro, Critor puso un verde limón, un violeta clarito y otro negro, Toxy sacó un azul y un dorado. Los tres se reunieron en la mitad de la valla, juntaron sus bocetos e hicieron un acuerdo para la composición de la pieza. Shorty pidió el centro, Critor y Toxy se ubicaron en los lados. Teuso le lanzó un aerosol amarillo cielo a Toxy, y él le respondió:

– ¡Buena parce!

A lo lejos se escuchó la sirena de una ambulancia. Toxy se impacientó, Shorty quitó el pluf de los audífonos, estaba escuchando una banda de *ska*. Después Critor puso La Etnia, tomaron más vino y siguieron pintando. Los colores pasaron por las manos de los tres grafiteros. A Shorty se le chorreó un trazo. Del norte venían caminando dos mujeres y un travesti. Se tomaron una foto que Teuso encuadró en el momento que sus amigos terminaban de pintar. Al rato Teuso prendió un cigarrillo.

Un taxista se detuvo por un minuto y bajó la ventana del puesto delantero, Critor se quitó la pañoleta de la cara y miró el reloj, una y treinta y siete marcaba, observó como el taxi se alejaba. Se fumó otro

cigarrillo y se bajó a mirar desde lejos la pieza. A Shorty sólo le faltaba el delineado y Toxy ya había terminado, estaba esperando que le regalaran un cuncho para escribir el *tag*. Critor regresó a la valla. En la avenida los patrulleros que iban en moto les pitaron y les cambiaron las luces, la moto siguió hasta el otro semáforo. Teuso se paró y les dijo:

– ¡Cuidado maricas los tombos!

Desde la valla los tres vieron que Teuso abandonaba el lugar. Toxy propuso que se escondieran detrás de las vallas. Los patrulleros, gritaban desde el otro lado:

– ¡Bájense de ahí hijueputas!

El policía empezó a reptar por la reja de la ventana. Los tres que estaban a punto de acabar el grafiti saltaron al otro lado del Club del Comercio sobre el césped donde Critor se tronchó el pie. En seguida, huyeron por un bosque pero los policías los estaban siguiendo, ellos corrieron detrás de los eucaliptos. Entonces fue cuando uno de los policías disparó tres veces hacía ellos.

Se escondieron debajo de la construcción en ruinas, con el desconcierto de los disparos en los oídos. Los policías buscaron por las cuadras alledañas, dieron vueltas durante más de media hora, llamaron a otras motos y dos patrullas más. Se escuchaba en el radio de los patrulleros la solicitud de un doble coco, un triple Martín.

En esas ruinas Toxy hizo el comentario:

—No nos caía la ley desde el día del amor y la amistad. Sacó la botella de vino cariñoso que aún conservaba y prosiguió:

— ¡Feliz año! Los tres se abrazaron.

Esa noche a mediados de septiembre las cuerdas de los postes se agitaban y los papeles se arremolinaban en el suelo con pedazos de mugre y cabello. En la esquina, en frente del salón comunal estaban sentados Shorty, Toxy e Insur que observaban las huellas de los neumáticos, las colillas de cigarrillo, las luces y los televisores que aún permanecían prendidos en las casas. Critor se paró debajo del poste que titilaba. En la otra esquina saludó a los tres amigos que lo esperaban.

—Ah, que terapia ese cucho, siempre monta la podrida, dijo Critor.

—Pille la lata, respondió Insur.

Critor recibió el aerosol, con la otra mano sacó un *cap* hechizo que tenía una aguja de jeringa 1.0 en la boquilla, y la introdujo en el aerosol. Oprimió el *cap*, salió un escupitazo de pintura al viento. En la cuadra de arriba pasó una moto con dos patrulleros, una lechuza en dirección opuesta buscaba sobre las calles su presa.

Critor imprimió su firma sobre la pared. Después rayaron el kiosco de la quinta, quedaron asombrados por el trazo delgado del *cap*. En la calleja Shorty pisó un bollo de caca, esperaron a que se la quitara en el

pasto. Siguieron caminando, inesperadamente Critor le pegó un calvazo a su amigo que acompañó con:

–Severo tonto, siempre la caga.

Hubo un recoveco de risas entre las calles.

Mientras Critor dibujaba el lobo, al respaldo del colegio Gustavo Rojas, Shorty observaba cómo iban apareciendo los trazos sin chorrearse. Critor batía una y otra vez el aerosol con lo que pudo sacar otros tres trazos. El sonido de una moto de policía lo hizo botar los aerosoles por la reja del colegio, sin embargo, en la esquina los alcanzó a coger la patrulla por sospecha y los cargó a Base Centro hasta el amanecer.

Pero esa madrugada de fin de año no pasaría lo mismo. Toxy añadió:

– ¡Hasta que a uno no lo cogen los tombos en escena, no se convierte en grafitero! Shorty respondió:

–Pues marica vaya de sapo que lo cojan, o que le peguen su par de plumazos.

– ¡Salgamos, salgamos, hay que ir a delinear esos Wildstyles!, les propuso Critor.

Se devolvieron sigilosamente, treparon al techo donde habían escapado minutos antes allí observaron sus creaciones. Toxy notó que le faltaba la curva en la Y. Shorty les propuso hacer una unidad con los brillos, Critor le ofreció el Convertidor con el *cap online*. Enseguida Toxy aplicó el fondo violeta.

Volvían los tres espectros a cambiar el paisaje de la ciudad. Se escuchaba la presión del aerosol y el movimiento intempestivo de la balinera. De repente Toxy vio de reojo la moto de la policía que venía del otro lado de la avenida. Inmediatamente se escondieron detrás de la valla. Shorty recordaba el zumbido de los tres balazos en su cabeza. Critor miraba por debajo de la valla, cuando el brillo de la farola pasó sobre el asfalto, comentó:

– ¡Esos cerdos son unas locas!

Cada uno continuó con la pieza. Shorty fue testigo de una rata que se difuminaba por los grises del canal. Varios cohetes sonaron de nuevo en el cielo. Al terminarlos firmaron su *tag*. Toxy chorreó un poco la pieza.

– ¡Es una perrada sacar un Wildstyle, tómele la foto!

Luego Critor le pidió la cámara a Shorty pero él se la había entregado a Teuso antes de subir a pintar.

Cuando apenas iba iniciar el día se despidieron en la esquina del barrio, el brillo de las farolas de los carros relucía los manchones de pintura en sus manos. Justo en ese momento Critor pensó lo difícil que hubiese sido pasar el 31 de diciembre en la cárcel. Además, decidió cambiar su firmar de Critor a Camaleón. Al día siguiente regresaron con una cámara Nikon 3200 al Club del Comercio para tomar la foto, pero un albañil terminaba de pintar la valla con un blanco psiquiátrico.



# Clandestino

## *Acto de libertad*

Prendimos fuego al tiempo  
en un acto de libertad.  
Queríamos incinerarlo todo:  
La vergüenza, la pasión derrotada,  
las habitaciones donde recostamos la muete,  
el azul del cielo que no tuvimos nunca.  
El misterio que anidaba en las costillas.  
Prendimos fuego al tiempo  
y quisimos volver a mirarnos a los ojos  
pero ya éramos cenizas.

Stephanie Alcantar.

—Acelere parece que esto es de vida o muerte, acelere.

Era lo único que se le ocurría decir a Luceto. Me temblaban los dientes y un leve tic me carcomía el ojo. Perseguíamos un Renault 9, también amarillo, pero nos atrasó el semáforo de La Sexta. Unos malabaristas lanzaban fuego de la boca en frente de los carros. Era un trancón de viernes por la tarde, el otro taxi no iba a llegar muy lejos. Allá estaba en la entrada del barrio Santa Inés detenido por un accidente de moto. Nuestro conductor esquivó el tráfico, así que

nos logramos ubicar cinco carros atrás. El Renault cruzó por la iglesia de Santa Inés, dobló por el barrio Primero de Mayo y entró en un conjunto residencial. En la ventana del taxi y a través de las rejas la vimos subir al bloque E, luciendo un vestido negro ceñido al cuerpo. ¿Por qué entraría allá? Optamos por esperarla escuchando barbaridades del locutor de Radio Uno, hasta que sonó el himno nacional. El taxista nos advirtió que el alquiler del taxi terminaba a las siete de la noche.

Al rato, el mismo Renault regresó al conjunto cerrado, ella salió del edificio acompañada de otra chica un poco delgada y más alta. Se dirigieron por la Avenida Circunvalar hacia el norte, las perseguimos alejados. El Renault nueve aceleró por la Clínica Medilaser y siguió bajando hacia el norte. Antes de tomar la vía del Relleno Sanitario giró a la izquierda por una trocha que conecta esa parte de la ciudad con los límites del Cementerio Jardines. El Renault paró enfrente de Acuarios, un prestigioso burdel de la zona. Las dos se bajaron del taxi y saludaron al portero con gracia. No me cabía en la cabeza que fuera una puta, no había posibilidades. En esa misma entrada le pagamos veinticinco mil pesos al conductor, y con el resto del dinero compramos el cover de diez mil pesos consumibles. Un hedor a cadáver daba la bienvenida. Las perseguimos hasta el cuarto piso, zona exclusiva de reserva premium, según, nos advirtió un proxeneta que nos impidió subir.

Nos sentamos en el sofá morado, aparecían rostros adultos y viejos que apreciaban con hambre las figuras y los cuerpos de las chicas que usaban trajes de baño o minifalda, pocas vestían de jean. Primero

se acercaron dos especímenes a las que les sobraba un poco de carne, tuve que rechazarlas, insinuándoles que prefería carnes más organizadas.

Gastamos el primer bono consumible de licor, Lu-ceto bailó varias piezas cambiando de pareja. También bailé sin perder de vista la entrada al cuarto piso. Terminado el segundo bono, el mismo proxeneta nos expulsó porque no consumíamos más licor, y allí no aceptaban mirones universitarios.

Afuera nos hicimos amigos del portero, fumamos dos cigarrillos y logramos averiguarle que el cuarto piso estaba reservado por un político. Cuando el portero se ausentó de sus oficios, nos ocultamos en los matorrales, aspirando la rigidez de la noche.

Dos camionetas Blazer de vidrios polarizados con placas del gobierno se parquearon en la entrada. Uno de los escoltas abrió la puerta. El político llevaba una sombrilla que le cubría hasta la cintura, las dos chicas andaban detrás de él. Se subieron en la primera camioneta y arrancaron. En ese momento intenté impedirles el paso, ambas camionetas se detuvieron, las farolas de la Blazer plateada me encandelillaron los ojos, los escoltas de la otra camioneta me arrojaron hacia el andén como un costal de basura. Algo de frío detecté en ella justo en el instante en que nos conectamos a través del vidrio polarizado.

Todo era más claro ahora. No como aquel día en que me puso de peón en su tablero. Recuerdo que eran

las tres de la tarde, estábamos El Combo completo, habíamos fumado y tomado suficiente café. Ramón Cuactemoc había bebido los últimos cunchos del pocillo. Pepe Bijara, Selene Firisteba y Dalia Olindres discutían sobre el lugar donde se iba a imprimir el documento. En el fondo del cuarto se reproducía *Octopus* de *Van Deer Graaf Generator*. Dimos los últimos retoques al texto, luego tomamos nuestras maletas y partimos del lugar.

Bajamos al potrero reseco detrás de la iglesia. Atravesamos la avenida, una procesión de ciclistas se enfilaba en la carretera. Algunos niños de la escuela primaria jugaban a las naves alienígenas entre los árboles y la cerca. Debatíamos sobre una hipótesis ingenua de la muerte de Camilo Cienfuegos. Entonces Selene se acercó con cautela y me murmuró al oído. —Nos vamos los tres hacer la vuelta en los salones del Julius, mientras cogía mi dedo meñique con su mano y me besaba la oreja.

En la universidad acordamos la cita con Dalia y Pepe a las 5:30 pm en la escultura del Goranchacha. Cruzamos los jardines. Ramón había amarrado una cuerda a la chapa del salón, jaló y abrió la puerta. Recogió la cuerda con la seguridad de no dejarla afuera y aseguró. Pidió que apagáramos los celulares. Se sentó, sacó de la maleta una bolsa rallada, la destapó y la puso en el pupitre del lado. Enseguida desplegó unas hojas de papel aluminio, agarró una copa de aguardiente y la llenó de pólvora. Desocupó la mitad sobre el papel, le puso dos tornillos, y los tapó con la otra mitad que quedaba en la copa. Empezó a moldear

una bola con las hojas de aluminio, envolviendo con suavidad. Después de tener la papa bomba armada pasó un esfero tratando de sacar el aire y de pulir los bordes del papel. De igual forma procedió con otras papeletas. Empacó cada papa bomba en hojas de periódico y las guardó.

En el Goranchacha esperamos varios minutos. Una lechuzca surcó el vuelo hacia los bosques. Luego nos dirigimos a la plaza central, cada uno tomó un paquete de documentos y lo repartió entre la multitud que vibraba al compás de una banda de música colombiana. Convencí a un grupo de chicas que se interesó por el contenido del documento, Selene me observaba desde el árbol con impaciencia.

Cuando empezó a tocar la primera banda de *punk* nos reunimos debajo del árbol chicala. Era fácil distinguir las caras en la plaza. En el centro se amotinaban los Punkeros con sus chaquetas de jean, sus crestas coloradas, y la barra de chicas que los apoyaban en el pogo. Un grupo de raperos se alejaba. Algunos estudiantes de la nocturna se incomodaban, hacían unas piruetas engañosas para pasar la entrada. Abajo, en el pino ciprés, el vendedor de minutos nos vigilaba. Warniso Tenieba apareció por sorpresa, y preguntó por unos cueros. Enseguida armó un porro.

Dalia reunió un vaquero para media botella de Chirrinchi. En las gradas se exhibían distintos licores de alta exquisitez. La mitad del espacio estaba ocupado por botellas de chicha. Le seguían los destilados de Sir Wilis, los adulterados de Sir Edwards, Ron Ja-

maica y unas bandejas de cerveza. En el fondo estaba el vendedor de Chirrinchi:

– ¿De hierbas o puro?, preguntó.

Pepe prefirió elegir el puro sin consultar nada al Combo. El primer trago entró con odio, el segundo con desprecio y el tercero nos puso en sintonía. El frío que quebraba el cuerpo cesó.

Cerca de la tarima, donde las bandas debutaban, hubo una pelea entre Punkeros y Metachos, los unos injuriaban “patas sucias” y los otros “gallinas de criadero”. Los organizadores bajaron el volumen de la música, no les cabía en el ego la brutalidad. “Estamos en el alma mater” repetía desde el micrófono un presentador improvisado. Selene nos advirtió del grupo de celadores que salían del Edificio Central. Guiñó su ojo derecho tres veces. En cuestión de segundos desaparecimos del árbol, mientras Dalia y Pepe eran atraídos por el espectáculo al que se habían unido los celadores. Desde el micrófono acusaron la cancelación del concierto.

Nos posicionamos estratégicamente en el tercer piso. Mientras Warniso cuidaba las salidas, Pepe me ofreció una papa bomba. Cuando reinició la música Selene lanzó el primer artefacto, Pepe el segundo, a mí me correspondió el tercero. Nos acompañaron con una bulla desde el concierto. Pepe y Warniso huyeron por el ala izquierda, Selene me tomó de la mano y escapamos por el ala derecha. En una de las escaleras que comunicaban con la Escuela de Psicopedagogía Selene se detuvo juntando su boca con la mía, cómo

resistirse a esa adrenalina, a ese roce templado de sus labios, a ese deseo que irrumpían nuestros cuerpos. Era la quinta vez que la besaba en ese mes, pero hasta ese día sentí la pujanza de sus senos. La sed de su alma.

En la Plazoleta Central Camilo Torres el ambiente cambió, seguían los toques de *ska*. Algunas botellas ya decoraban el suelo. Un borracho golpeaba con su cabeza la señal de tránsito azul. Cuando llegamos al árbol nos recibieron con otra media de Chirrinchi. Continuamos bebiendo e intentando solucionar los problemas del mundo. Warniso y Pepe se desvanecieron del árbol. En la lejanía vibraron los sonidos de tres explosiones más. Hubo sacudidas de cabeza, ojos de sapo y uno que otro susto desamparado.

Al rato nos mimetizamos con Selene entre la multitud. Compramos dos cervezas, bailamos un rato *Siguiendo la Luna* de los Fabulosos Cadillac. No sólo era su encanto, ni la adrenalina que me provocaban sus riesgos o lo colosal de sus palabras...

Saliendo de la universidad me gastó dos chuzos de carne. La vendedora parecía un poco más joven que nosotros, predicaba cierto desprecio en su gesto. Buscamos al anciano que vendía los peches, allá lo ubicamos en el separador dónde se dividían las avenidas. Una figura esperpéntica con un cajón que se sostenía de un bastón.

Nos refugiarnos en un bar, las luces led y el láser deformaban los rostros en la pista, cada estallido del flash cristalizaba fotogramas ridículos que incitaban el

placer. La cercanía de su sexo con el mío. El sudor en su cuello, en mis pantalones. Una cosa llevó a la otra.

Abrí ligeramente la puerta de la residencia estudiantil. Mi compañero de cuarto, por suerte, asistía a la práctica de biología marina. Prendí el computador, seleccioné la carpeta de rock en español. Nos enjabonamos las manos en un cruce de palmas. Empezamos a quitarnos la ropa cuando sonó la canción *El Extranjero* de Enrique Bunbury. Las notas de la guitarra ascendían por mis venas.

Una especie de recorrido geográfico se desató en nuestros besos, pasando por el cuello, las orejas y los dedos. Solté su brasier, petrifiqué en mi memoria la aureola de sus senos, tenían el color de los obituarios. Bajó mi ropa interior, agarró con fuerza mi pene y lo consintió, llevé mis dedos a su clítoris. Montado en su vientre besé sus pechos como un cachorro. Me detuvo empujándome sobre la cama, me tragó con sus movimientos de cadera, sus pechos erectos, su cara al cielo. Dimos media vuelta, estiré sus piernas, ella se contraía, y yo aceleraba. Volvió a detenerme. Giré su cadera, mordí y penetré en cuatro mientras una mano volvía a acariciar su clítoris y la otra iba de sus senos a su boca. El empuje nos llevó a la cabecera de la cama. Ella arqueó su cuerpo hacía atrás, caímos, no pude resistir sus espasmos adentro, su humedad con la mía, la inmediatez de sus gemidos. La acerqué contra la ventana, abrí con brusquedad sus piernas, hasta que un líquido tibio humedeció mis testículos. Al despertar volvimos a repetir el ritual con otras composiciones coreográficas.

Letal y salvaje. Esa mañana comenzó todo.

Las madrugadas en frente de los edificios bloqueando las entradas, maquinando las asambleas, las recolectas de dinero en el campus. Las farras, los viajes a la montaña. Media historia tatuada. Al principio cada jugada se hacía en defensa de la universidad pública, de los derechos humanos, de la igualdad, de la deuda histórica. Mierda. Se peleaba contra lo imposible.

Por ese tiempo, aunque siempre se repite la historia, sólo cambian los dolientes y los métodos, se perpetuaban los crímenes de los aparatos estatales para exterminar las universidades públicas. Pero allí estábamos nosotros, Pepe, Selene, Dalia, Warniso y Luceto defendiendo los derechos del pueblo. ¿Cuántas arengas amigdalíticas? ¿Si no lo hacíamos nosotros, quién más? Toda una vida de clandestino.

En cada universidad se encuentra lo más exquisito y variado del mercado. Por una parte el botín de la izquierda mamertista defendía las insignias eurocentristas. Aunque sus tácticas ilegales eran predecibles, en sus principios reposaba la ética, y las buenas costumbres del manual de disciplina. Sucedió distinto con otros movimientos progresistas en los que se evidenciaba subordinación y corrupción. Al final de cuentas, todos sufrían del mismo ego revolucionario. No se hacía un movimiento sin el visto bueno de las directrices. ¿De cuáles?, si no había un mandato de orden nacional; Fan Comicios, Aseo, Ósea, Juventus

19, Los Boliches, Los Camichistes, Los Pocachiras, Los Kuspírratas, sufrían el síntoma de la falta de autonomía, nada se movía sin el visto bueno de sus vacas sagradas. “Sin las directrices nacionales de los partidos”.

Un día llegó un loquito de la nada con pinta de rapero, barbudo y mechudo. Un poco saltado de tono, deseaba aprender de los pueblos indígenas, de la forma en que legislaban sus concejos. La lucha revolucionaria, según él, era un asunto del territorio ancestral. Ese miércoles proyectaron en El Muro la película *Underground* de Emir Kusturica, las gradas estaban a reventar. Después prendieron una fogata. Mientras degustábamos un puro que él encendió, nos introdujo en su cátedra. Hubo algo de escepticismo en las respuestas. Pero no intentó convencernos.

—Sólo quería polemizar, recuerdo que lo dijo muy seguro.

El Muro era otra dimensión dónde los compañeros hacían resistencia a la realidad. Desde los investigadores de la sijín infiltrados con mochilas y botas que terminaban adictos al perez, el porro y la farra, hasta los primíparos hacían escala en ese refugio. Allí las ideas se subvertían.

Detrás de un gran poder hay una fama perversa. Llevábamos dos años compartiendo amor y lucha revolucionaria. Escapamos de la sospecha de los sijinetos, a un embarazo no planificado, y a varias pesquisas que la rectoría de la universidad sostuvo con las blasfemias de un párroco chiquito. Le jugamos

una doble a la muerte. Reencarnábamos jaguares en las sábanas.

Pero algo se quebró, como la aplomada de una hoja en el charco. Luceto carecía de piedad, lo sospechaba todo. Ya había crecido la patota. Corrían los indicios de una filtración, de un traidor que compartía los secretos de primer nivel con otros grupos estudiantiles. Teníamos la lupa puesta en Dalia, de los tres años que llevaba en la U, dos había hecho escuela con El Combo. Nació en un pueblo de esos chirripistoso en que la estatua de un querubín aún arrodilla a sus habitantes. Cursaba Administración. Un poco tímida y distraída, vestía de baletas y moños en la cabeza, y siempre mantenía una sonrisa de sapo que nos llevó a poner un protocolo de vigilancia e investigación con El Combo. Y Dalia, por supuesto no pasó los filtros. Primer asunto, solía perderse de vez en cuando. Segundo, se postuló a manejar las comunicaciones y salidas. Tercero, mantenía una relación, desproporcional, con un gordinflón *Drum and base* que venía del mismo pueblo, detalle singular. No le gustaba tomar y aborrecía la sopa de pasta.

Preparamos un sistema de pruebas y rumores, una especie de guarida contra el chisme. Dirigimos oficios individuales, labores secretas, cosas que no se podían revelar. Como los grafitis en contra de las elecciones de Consejo Superior. Ramón hizo el estudio de reclutamiento de un nuevo miembro. Warniso guardó un paquete de documentos por tres semanas. Selene escondió la tula naranja. Estábamos limpios. Cinco locos ingenuos botándola con toda. Pero algo tam-

poco encajaba con Selene. En su apartamento encontré dos invitaciones extrañas al Hotel Panorama. Las miró con repugnancia, cogió las boletas y las rompió.

—No armes películas dónde no las hay. Son de Belcy mi amiga a la que miras con ganas. Se rió y cambió de tema. Preparamos la cena y descansamos abrazados mientras la madrugada apaciguaba la lluvia.

Selene era la más sospechosa, no quiso que viviéramos juntos, no contó mucho de su pasado, además de datos sueltos. Había cursado dos semestres en la Universidad Distrital y uno en la UIS. Era estudiante de Derecho, sólo le faltaban la judicatura y los preparatorios.

Por falta de seguridad Luceto me indujo a no participar más de los tropes. Por esos días, se les metió en la cabeza a Selene y Ramón la organización de otra fiesta, en las elecciones del Consejo Superior. Selene estaba en contra de las votaciones porque los candidatos no habían hecho un debate público socializando sus propuestas. Estuvimos en desacuerdo con Pepe y Luceto, había la posibilidad de hacer una asamblea u otra acción, un tropel era apresurado e irresponsable. Dalia no asumía posición, Warniso confiaba ciegamente en las decisiones de Ramón y Selene. No hubo consenso y la reunión se disuadió porque discutimos mucho.

Sin embargo, el fin de semana Selene me convenció. Intenté persuadir a Luceto pero prefirió retirarse de los preparativos. Ramón encomendó a Warniso reclutar algunos estudiantes. Me encargó la parte táctica de los protocolos de seguridad para reemplazar

a Dalia con el botiquín. Estábamos sólo los cinco en tremenda calentura.

Un emisario de Los Boliches apareció y nos persuadió de hacer un tropel con Los Kuspírratas. Esa noche consultamos la decisión en la cafetería. Era muy riesgoso trabajar con ese grupo.

Pero decidimos hacer la reunión con ellos. Selene se postuló para la reunión con Los Boliches, Los Kuspírratas y nosotros, El Combo, en la biblioteca. Pepe también pidió asistir. Selene se negó rotundamente a que él fuera, porque según ella era mejor que sólo conocieran a un compañero de los de El Combo. Sin embargo, no tuvo más remedio que acceder.

A última hora Selene cambió la reunión para la bodega de matemáticas por razones de seguridad. Luceto y yo vigilamos al guardia que cuidaba el salón. Esa noche se reunieron para llegar a acuerdos y finiquitar detalles, Warniso, Selene, Baudilio y Emilio. Se repartieron las líneas del frente en el tropel y los relevos que se realizarían cada siete minutos mientras se enfrentaban al Esmad. La piedra y las barricadas serían organizadas por Los Boliches.

Faltaban dos días. Llegaron los investigadores de la sijín en la madrugada sin golpear, con una orden de captura a la residencia de Emilio, la dueña de la casa les indicó la habitación.

Los sijinetos habían colocado una bolsa sobre el pecho de Emilio para que la tocara entre el sueño y la

vigilia, sin darse cuenta. Después llenaron en el mismo cuarto la bolsa de papas bomba. Ramón se había encargado de ocultar el material del tropel en un lugar secreto que únicamente conocíamos los dos. Los agentes de la sijín iban dispuestos a judicializarnos a como diera lugar. En el allanamiento inculparon a Emilio de poseer material explosivo y terrorista. El camarógrafo del periódico El Espacio registró el escándalo. A Warniso lo agarraron un día después cuando salía para clase. En la audiencia de presentación de cargos, a Emilio y Warniso les imputaron los delitos de concierto para delinquir agravado en terrorismo y rebelión, con fabricación y porte de material explosivo.

Ramón y Pepe abandonaron la ciudad. Dalia continuó viviendo en su habitación del primer piso con la humedad recubriendo el techo. Selene visitó su tía al sur y Pepe se refugió en la habitación del primo. A media noche, desaparecimos las pocas pruebas. Recorrimos los barrios aledaños en busca de habitación, con la amenaza de la captura en cada esquina. Selene se distanciaba con el pretexto de mantener los protocolos de seguridad, y de no hacer encuentros en lugares públicos. El Combo estaba desarmado. Los días letales y salvajes se fueron a la mierda, por algún asolapado que nos había traicionado. La fiscalía tenía en su poder dos audios de la reunión en las bodegas de matemáticas como una de las pruebas fundamentales de la investigación, que habían servido para impartir las órdenes de captura. La siguiente semana dictaron orden de captura al tercer implicado en la grabación, Baudilio.

Fueron muchas coincidencias juntas. Un guardia de Los Kuspírratas que vigilaba desde afuera la reunión, el vocero que estaba adentro. Dos del Combo y uno de Los Boliches. El traidor podría ser el guardia, Pepe o Selene. La grabación que presentó el fiscal ante el juez de garantías era muy corta, sin embargo, involucraba a Emilio, Warniso y Baudilio. Selene se salvó, no intervenía en el audio. Otro detalle sospechoso. Entonces, ¿quién había grabado la reunión?

Ese festivo ella viajó a Santander con el pretexto de saludar a los papás. Después de despedirla regresé a la U, prendí un cigarrillo, y mientras hablaba con Heiner en la fila del almuerzo recibí una llamada de Luceto:

– ¿A que no adivina quién se devolvió con maletas? –No sé, le respondí.

–Pues marica, Selene regresó al apartamento del barrio JJ Camacho, donde vivía.

– ¿Pero cómo así? Se acabó de ir en un bus para Santander.

Interrumpió. –De casualidad la vi cuando venía de la casa de Sharik, me bajé y la perseguí. Véngase rápido y lo comprueba usted mismo. Colgó.

Nos fumamos la caja de peches completa mientras esperábamos desde la esquina. Eran las 5:15 pm cuando el Renault nueve se parqueó en la entrada de los apartamentos. Selene lucía un vestido negro. Se subió al taxi. Inmediatamente nos fuimos detrás de ella, una cuadra abajo hasta la avenida. Luceto paró

otro taxi e iniciamos la persecución hasta el burdel de Acuarios dónde la vi por última vez mientras la Blazer plateada arrancaba.

¿Qué era lo que ocultaba? Desde esa noche no apareció por la Universidad y no contestó más el celular. Estaba desterrada del mapa. Al principio pensé que la había desaparecido la mano negra que nos metió con todo y cabeza. Pasé parte de las vacaciones buscándola hasta que la mamá me mandó al carajo por teléfono, regañándome que su hija estaba perfecta y mejor que nunca. Que por favor no la jodiera más. ¿Pero quién jodió a quién? En los últimos meses he ganado una gastritis y perdido algo de peso. El Combo se disolvió. Efectivamente las elecciones al Consejo Superior las ganó el más pícaro de los candidatos. Y de la disidencia sólo quedan los capturados. Nos hemos ido a los puños dos veces con Los Boliches, ellos piensan que en El Combo está el traidor. Pero los pocos que quedamos esperábamos con ansiedad el juicio. No me saco todo esto de la cabeza:

– ¿A quién beneficiaría el jaque mate de Selene?

## Gota de Niebla

En la mañana, Gota de niebla comenzó a orinar sangre, y me entró ese ardor en las piernas, en las costillas, en el estómago. La señora Cupertina del supermercado me la había encomendado de dos meses. Me convenció porque su perra había tenido una camada de doce, resulta que se había dejado montar de un canequero. Cualquiera chichigua es cariño, además a los canchosos nos gusta andar en manada. La cachorra me acordaba de una perra que me había regalado mi mamá cuando tenía siete años, sucedió que a los once meses la arrojó el camión de la basura.

Gota de niebla había aprendido a ser aseada, desde chiquita la había enseñado a salir al parque sin collar. Muy a las cinco y media de la mañana me mordía el dedo gordo del pie y se metía debajo de las cobijas, terminábamos durmiendo hasta las siete. Al levantarnos, me coqueteaba con su movimiento de cadera, ella solía comer de primeras.

La tarde anterior había comprado dos cervezas. Destapé la primera en el andén de mi casa, donde habían pedazos de comida que se salían de una bolsa de basura. Sentí un pinchazo que me agrietaba la boca

del estómago. ¿Cómo no pensar en ello? Antes de irse para no volver, mamá se puso muy molesta porque rechacé la invitación. Después del sermón, cogió mi cara en sus manos y me hizo prometerle que cuidaría de mí y de la casa.

Algunos postes de la luz se empezaban a encender. Entonces, saqué todos mis canchosos, corrieron hacia el parque, se poposearon en el pasto. La cachorra se deslizó por mis canillas, desamarró el cordón del tenis y mordió los pantalones. Mientras les daba su paseo desocupé la primera cerveza. Luego, les chiflé y ellos ladraron. Mientras regresábamos el viento arrastró los restos de la basura. Era un abuso que la dejaran justo en mi andén, pero esa noche no iba a recogerla.

Ya no había tiendas abiertas, los domingos cerraban temprano. Tomé un par de sorbos de la segunda botella y cuando giré para sentarme en la puerta, pisé sin cuidado sobrados de sopa. Al resbalarme, estrellé la mano que empuñaba la cerveza contra la pared. La sangre caliente chorreaba por mi palma con su color aceitoso. Solté los pedazos de la botella que sostenía con firmeza. Ambos líquidos se mezclaron con las esquirlas de los vidrios. Entonces, desamarré la pañoleta que colgaba del cuello de Gota de niebla y la envolví en mi mano.

Me senté a observar los carros que transitaban. Me inquietó, desde la otra calle, el desconcierto de la vecina Cecilia, durante años me había espiado desde la frigidez de su ventana. Jamás volvió a pronunciar-me una palabra, después del episodio de mi familia en el vuelo Chárter 592.

Quería recoger los pedazos de vidrio pero el frenesí de una ambulancia desorbitó mis oídos. Las luces de la sirena hicieron aparecer, por un instante, unas manchas corrosivas en las uñas de mis dedos. Nos contemplamos de nuevo, con la vecina Cecilia, mientras pronunciaba su “Dios te salve María” matutino. El abismo del andén nos mantenía tan distantes.

Minutos después, una Toyota blanca en cuyo interior retumbaba el escándalo de un vallenato, se estacionó en frente de la casa. Pelusa, Cusumbo, Gota de niebla, El Fiurer y Lagañoso ladraron cuando frenó. Un tipo de barriga ancha se bajó por la puerta trasera y arrojó su lata de cerveza cerca de nosotros, en ese instante la cachorra se lanzó hacia él ladrando con potencia y los canchosos marcaron sus gestos de acecho. El panzón intentó cerrar la puerta provocando a la cachorra, luego volvió a abrirla con tanta rabia que la golpeó y la arrojó de vuelta al andén.

Con la ira que me produjo el golpe, les lancé los pedazos de la botella que aún guardaba. En segundos se bajaron tres hombres pasados de kilos que, sin darme opción, me fueron dando patadas y puños. Tuve la sensación de reventarme entre sus zapatos. Escuché los quejidos de la cachorra. Quedé tirado sobre la carretera.

Un sabor a sangre, sal y asfalto en la garganta. La abracé y los demás perros se arruncharon a mi alrededor. El frío penetraba por los bordes de la bermuda, observé, una a una, cómo las luces desaparecían en la profundidad de las lomas. No se oían los carros atravesando las calles. La línea que marcaba el límite de la carretera se distorsionaba.

Permanecí varios minutos tirado en frente de la puerta cuando me despertaron el chirrido de una rueda y unas botas negras dirigiéndose hacia mí. Siete muelas, empujaba el carro de carga con el viaje de periódicos.

— ¿Está cómodo señor?

Me senté, le extendí la mano e intenté contarle los hechos. Me ofreció un pedazo de papel para limpiarme la cara, y me sirvió una aromática del termo que cargaba en la maleta.

—Aquí cualquiera se cree con el derecho de violentar al otro. Mire como me dejó. Ni la policía llegó. Luego de hablar tomé un sorbo de la aromática que hervía.

—Vaya acuéstese y descanse, me aconsejó.

Enseguida, entré los perros, les di agua y purina. Encerré a Fiurer en el patio, los demás se acomodaron en su sillón preferido. En el cuarto descansé con la cachorra enroscada encima del estómago.

A Ese muchachito lo conozco hace años. De chino ya andaba con la maña de los perros, era tan raro que le daba a uno mala espina... Ocupaba los primeros puestos en el colegio. Tenía fama de ciclista, en mil novecientos ochenta y nueve ganó la vuelta a Boyacá. Una vez me contó la mamá, ¡que en paz descanse en los mares! Cursaba los primeritos semestres de Antropología en la Nacional, pero se la pasaba de fiesta en fiesta jartándose

el arriendo y el mercado. ¡Ay virgen santísima el diablo es puerco y uno no sabe cuándo está antojado!

Entonces les tocó traerlo a estudiar a la Uptc, —dijo apretando las cejas—, pero nada que cogía juicio. Muchas veces le conté a la mamá que entraba chinas de madrugada y las sacaba a esas horas en que las brujas hacen de las suyas.

En esa época quedó por ahí tirado. Después del entierro me acerqué para ofrecerle algo de comer pero no tuvo reparo en decirme: que era una vieja chismosa. Imagínese ¡qué tal el atrevido! Ahí no más, le corté amistad. A mí me enseñaron que la sangre en la jeta, y la verraquera en el rabo. Igual, yo siempre lo he cuidado porque la mamá, antes de irse, me pidió que le echara un ojito.

El lunes en la mañana Pelusa la acicaló con el hocico. Yo intenté pararla y darle agua. Tenía los ojos marchitos, el hocico reseco, el llanto desgajado. Acerqué la taza, bebió poco. Pelusa aulló, movía su cabeza señalándome a su compañera.

Me tomé un café con poco azúcar, luego salí en la cicla con la mitad de los canchosos. Así nos llamaba el señor del parqueadero al que le había cambiado un radio de pilas por Pelusa que supuestamente era cachorra, pero nunca creció. Ya llevaba siete años conmigo, pero sólo hasta sus tres años le saqué su única camada. Fueron siete perras y un perro, todavía conservo a Cusumbo.

A esta hora la gente suele ir de prisa, unos llevan el cabello mojado, dejan el rastro de su perfume en las calles. No faltó mucho para que atropellara a la señorita que vende inciensos, porque se pasó el semáforo en verde. Arrugó la cara y siguió de prisa.

Acomodé la cicla y solté ambos perros en el parque, estiré los brazos, las piernas, conté treinta y seis flexiones de pecho y sesenta sentadillas. Después, enterré la caca de los canchosos debajo de un sauco. Una abuela jugaba a la selva con su nieta. De repente recordé el episodio de la noche anterior. El chillido, el golpe de la puerta que había recibido en sus costillas, sus orejas zumbando en el andén, sus ojos en zigzag. Me fui del parque. Cuatro hombres compartían cigarrillos y bebidas en el café de las sombrillas.

—Él trae sus perros todos los días y entierra el popo debajo de los saucos. Hace años paseaba una camada como de ocho.

— ¡Pero bacano! Con el nuevo código de policía, la gente deja las bolsas de popó metidas en los árboles.

—Siempre lo he visto andar con esa cicla adornada de antenas y luces reflectoras, parece una discoteca ambulante, —dijo soltando una carcajada—.

— ¿Se acuerdan que antes tenía un French Poodle en la parrilla y usaba audífonos?

—Pero ya no usa los audífonos. No se han pillado que ahora carga un celular 1100, una flecha, supongo que escucha radio.

–El tipo es todo extraño con esa greñera y esas pintas. Ya tan viejo y con bermudas... Pero trabaja en algo porque anda con esa maleta para todos lados.

–Él vive allí no más, subiendo dos cuadras, muy cerca al hospital...

–Que va, ese man viene de otro planeta. Se parece a los Avatares. –Los cuatro rieron–.

–No, enserio. Según una amiga, el tipo estuvo casado, vivían con la hija, –dijo quitándose el pelo de la cara y continuó–, la familia tuvo un accidente y el tipo se quedó sólo. Pero la mujer lo abandonó. Dicen que a raíz de eso, está como chiflado.

– ¡Pero tiene su viajado sí o no!

–Vecina regálenos la cuenta, cuatro empanadas, tres gaseosas y un perico. –Una colilla de cigarrillo cayó desde la mesa con sombrillas mientras se difuminaba el humo–.

–Listo, entremos a camellar.

Desde el lunes en la tarde me fui a vender algunos cacharos, me urgía hospitalizarla. Comía muy poco, el Fiurer se chasqueaba los caldos, afuera permanecía amarrado, pero en la casa andaba sin collar. Gota no probaba bocado... el óxido en sus ojos, su panza morada... El miércoles al medio día le volví a dar de comer, pero lo vomitó. Retorcó las piernas y trató de convulsionar. Daba la sensación de que se iba ahogar,

entonces le metí un gajo de cebolla por la garganta, volvió a vomitar y siguió respirando agitada. Inmediatamente la tomé con una cobija entre mis brazos y salí, sentía su cuerpo tibio en mis brazos. La ciudad se empotraba con sus ruidos aniquilantes. El ardor se erizaba.

El veterinario canalizó el suero y me preguntó lo que había sucedido. Una hora después, sugirió una radiografía con otros exámenes. Tenía traumas que le comprometían la cadera, los pulmones, el estómago y el riñón. Me entró una ansiedad por todo el cuerpo.

En la tarde visité las compraventas del centro intentando hacer un negocio con la cicla, el horno microondas, y dos pares de aretes que eran de mi hermana. Había que operarla o la perdería. Por esos días había dificultades económicas, no alcanzaba para comer. Regresé de noche, Pelusa me olió, y Cusumbo alcanzó a lamerme. En ese momento tuve conciencia del hambre, no era el único al que había olvidado alimentar. Había destrozado el cajón del mercado, boronas de galletas, conchas de pasta y sobrados de arroz estaban regados por el camino. Restos de granola y pan caían de la boca de Fiurer.

Hace dos semanas, hospitalicé a la cachorra en la veterinaria, no se recupera. Le amputaron parte de la cadera. Los brincos desprevenidos, las carreras en las escaleras. Un cambio de tensión y todo se va a pique, ambos marchitados. La imagino saltando sobre la cama, mordéndome el dedo del pie, robándose la carne del almuerzo. Apenas unos minúsculos espasmos que le inflan y desinflan la nariz, un líquido sale

de sus poros. Se le han paralizado los bigotes y la panza.

Después de nueve horas el ardor no para. Me urge un vaso con agua. No hay rayos que traspasen las ventanas, el gris del pasillo se ha convertido en plateado púrpura. El veterinario puso su ultimátum, ya no reacciona. La cuenta va en seiscientos mil pesos, sería vender el comedor y faltar a la promesa. El veterinario resolvió aplicar la eutanasia, aseguró que si sobrevivía, no aguantaría muchas semanas. Prefiero llevarla a casa, sí supiera que dicen sus ladridos.

Antes de entrar me percaté de la vecina Cecilia que no ha cambiado, sigue idéntica empuñando la camándula. Cusumbo, Pelusa y Fiurer brincaron rumbo a la cama, se arrullaron en mi espalda. Pelusa le dio vueltas con su hocico a Gota. Cenamos en la sala, la cachorra probó pocos bocados, no masticó el pollo. Metí una botella de agua caliente debajo de la manta en que ella descansaba. Nos acostamos con cuidado en mi cama.

En el sueño caí en el cementerio, buscaba en las lápidas el nombre de alguien o de algo, no lo recuerdo. Divisé la silueta de Fiurer escarbando insistentemente una tumba. Un líquido le caía del hocico manchando la cobija en que descansaba la cachorra. De pronto, yo aparecía en un avión que se caía, gritaba pero nadie escuchaba mi voz.

Desperté en la madrugada. No soportábamos el ardor. Me quedé observando las vendas que envolvían su cuerpo, solté la pañoleta de mi mano, y la

amarré en su cuello. Una mancha morada se había expandido por la palma. Me dirigí al baño y abrí la llave. Las ondas del agua que corrían en el sifón me recordaron a Gota arrojada por la puerta de la Toyota blanca hacia el andén. Volví de inmediato a la cama llamando: Gota, Gota, Gota de Niebla...

## De ruana negra

Ya se acercaba la noche, había movido desesperadamente a su amigo, lo había estrujado de un lado a otro, lo había cacheteado tres veces, le había molestado la nariz, las orejas, pero no abría los ojos ni la boca. No quería pensar que Arturo estuviese a punto de morir. Las manos le temblaban y sentía debilidad en los huesos, la brisa húmeda producía un silbido al pasar por las calles. Era como si estuviera a punto de ahogarse, trataba de respirar pero había perdido la conciencia del cuerpo. Había intentado levantarlo y cargarlo pero su amigo era diez centímetros más alto que él, y practicaba fútbol con un equipo profesional.

Ese día en la mañana el sol dibujaba la sombra de las construcciones, en los salones se vivía el escándalo, y en los pasillos el silencio del encierro. Milton y Arturo habían esperado con detenimiento detrás del gimnasio, hasta que el celador continuó su ronda hacia la cafetería. Entonces los dos corrieron a la portería trasera, escalaron por los puentes del portón sin mirar atrás. Afuera se quitaron los sacos del uniforme, desajustaron sus camisas del pantalón, y bajaron tres manzanas, atravesaron la avenida y la carrilera del tren. Se detuvieron en frente de la casa pintada

de rosado terracota. Las tejas sobresalían en el borde del techo.

Cuando entraron por el pasillo un leve olor a fermento fue ascendiendo por su nariz, en las paredes la pintura se agrietaba. El patio trasero estaba ocupado por varios obreros y gentes de lo más bajo. Había cuatro sillas improvisadas con dos piedras en que reposaba un listón de madera. Sentados en las sillas, los hombres bebían chicha en vasos grandes de vidrio o plástico. Se habían regado dos por el suelo. Cruzamos el patio y nos dirigimos a la sala, pasamos por el respaldo de la mesa donde unos abogados alardeaban sobre un pleito laboral que le habían ganado al Estado. El ventanal daba al patio y al fondo estaba la cocina. La patrona batía con un cucharón el balde de la chicha. Usaba medias verdes, falda, dos moños a cada lado de la cabeza y un delantal donde guardaba el dinero. Cada uno recibió un vaso.

Se sentaron en las sillas del patio. Un hombre se acercó y les pidió que le llenaran un poco su vaso, cada uno le echó un sorbo. Milton reconoció en la otra silla al dueño de la panadería de su barrio que no mantenía el equilibrio e incomodaba a los demás. Se tomaron otros dos vasos, mientras conversaban sobre los últimos partidos de la Champions League, de sus futbolistas preferidos y los posibles finalistas de la copa.

Uno de los abogados se dirigió al orinal, cuando regresaba se les acercó y los persuadió para que se fueran del lugar porque eran menores de edad. Aunque Milton se molestó, continuaron allí otra hora

más hasta que Arturo lo convenció de ir a otro lugar. Antes de salir compraron una botella de dos litros y se fueron comiendo un paquete de maíz tostado con chicharrón.

De vuelta, caminaron por el sendero de la Concepción y salieron detrás de la Policlínica.

Se sentaron en la parte superior del potrero. Desde allá se alcanzaba a ver una huerta con matas de romero, tomillo, ají, cilantro, caléndula, suelda con suelda, anís, citrón, hierba buena y paico. En seguida vieron el patio, el lavadero y la casa de adobe. Milton prendió un cigarrillo y le contó que, según los vecinos del barrio, en esa casa vivía una anciana que practicaba la magia negra. Hace diez años la iba a matar la familia Pinzón porque supuestamente envenenó a su hijo de seis años con un dulce. Un vecino del sector había convencido a los papás de la niña, porque en la mañana del deceso, ella estaba jugando en el potrero y el vecino la vio conversar con la Anciana. Cuando la niña murió los médicos encontraron la envoltura del dulce en su bolsillo.

Otros dicen que habla con los gatos, y que en las noches prepara los menjurjes, porque se ven los destellos del fogón hasta bien tarde. O que se convierte en lechuza y vuela hacia el árbol para atacar a las personas que atraviesan el potrero de noche.

Siguieron tomando la botella de chicha. Arturo le contó que a su abuelo lo había rezado una bruja que

le tenía envidia porque la tienda que había montado en el centro de Viracachá permanecía llena. De un momento a otro a su abuelo le empezó un dolor de estómago y un mareo que lo mandó quince días a la cama y tres veces al hospital, sin que los médicos hallaran las causas de la enfermedad. Como le dieron de alta su abuela lo convenció de ir a visitar un brujo en Barbosa Santander, para ver si le detectaba el mal.

Viajaron a Barbosa dónde los atendió el cacique Bonaprecio. Después de esperar treinta minutos, los hicieron seguir. El lugar estaba adornado por cortinas rojas, un altar con varios santos a los que velaban, en el otro extremo había una mesa con diferentes frascos, y la escultura de un buda dorado. Había un cenicero sobre la mesa y las cartas del Tarot. Les preguntó el motivo de la consulta, ellos le contaron de las dolencias que sufría. Bonaprecio comenzó a rezarle a la Virgen de Santa Martha, le pedía que aclarara su videncia para ayudar a ese hombre.

Después encendió un tabaco y sopló varias bocanadas de humo en el recinto, mezcló las cartas y partió la baraja. Le pidió al abuelo que escogiera una de las dos partes. En la primera carta le diagnosticó una enfermedad crónica, en la segunda un enemigo que estaba empeinado en destruirlo, la tercera mostró al rey de la avaricia lo que significaba su ruina. Tomó las manos del señor que palpaba con fuerza. Le aplicó un poco de ungüento en la cabeza, gotas de sudor café resbalaban por su frente. El cacique le dio agua para cerrar la sesión. Cuando finalizó le informó sobre un supuesto rezo de difunto que le

habían hecho en el cementerio del pueblo. Si quería sacar el entierro tendría que pagar un millón de pesos. El abuelo accedió.

A los ocho días fueron a desenterrar un muñeco de trapo con una moneda y un pedazo de papel que estaba negro. En un tarro metálico de pintura Bonaprecio arrojó acpm, el pedazo de papel y un fósforo encendido. Enseguida echó el muñeco y lo quemó, después limpió la moneda con el acpm y le sugirió que la entregara en la limosna de la iglesia. Antes de irse le dio un amuleto al que llamaba contra para protegerse de los males. Era una bolsita en paño que su abuelo cargaba por debajo de la camisa terciada con una cuerda. Dos años después un infarto se lo llevó.

Milton también estuvo de acuerdo en que las brujas existían. La tía de él también iba a visitar a una hasta Sogamoso y si hacía el viaje era por algo. Después Milton cambió el tema, habló del video juego en internet Castleship, en los últimos tres meses había logrado ascender a la escala mundial de los cien mejores. Mientras conversaban un gato que merodeaba por el potrero casó un pájaro perdido del nido.

Al rato Arturo se paró a orinar y se mojó el jean. Hablaba entre cortado y no mantenía muy bien el equilibrio. En ese momento Milton se percató de una nube que había enlutado el horizonte y el arcoíris que se proyectaba por debajo. Arturo se sentó a descansar, Milton encendió otro cigarrillo y batió el cuarto de chicha que quedaba en la botella.

El frío estremecía las hojas de los árboles, Milton miró su reloj y comprendió que tenían que partir. Intentó despertar a Arturo que dormía con la respiración entre cortada. Pasaron varios minutos en que sus temores se hacían más rígidos, no sabía qué hacer con Arturo. Sintió algunas goteras que caían del cielo en su cabeza.

La anciana escuchó los ruidos que venían de la parte superior del potrero. Salió de la casa, abrió la sombrilla, tomó un palo y subió sin hacer ruido. No se dieron cuenta de la figura de una anciana con ruana negra, falda y alpargatas que subió desde la casa de adobe. Milton intentaba despertar a su amigo que respiraba más rápido. La sombra de la anciana los intervino:

– ¿Qué están haciendo ahí?

Milton alzó el rostro, contempló las pocas canas que cubrían la cabeza de aquella mujer y los ojos color miel inundados de cataratas. Se detuvo en la ruana negra, en las botas de caucho y en el palo que sostenía.

– ¿Qué están haciendo ahí?, preguntó de nuevo.

Milton sintió la espalda caliente, el sudor en la frente y en las manos. No pudo acomodar la lengua para decir lo que quería. Arturo tampoco despertaba, estaba acostado boca arriba. De su boca empezó a salir un poco de líquido amarillento. La vieja soltó el palo sobre el pasto, se agachó, dobló el cuerpo de Arturo y lo sentó sobre el suelo. Vomitó la chicha y el maíz que habían consumido en la tarde.

Cuando la lluvia empezó a caer sobre el césped, Milton reaccionó: lo intentó parar pero ni la boca ni las piernas le respondían. Entonces, la vieja los invitó a su casa mientras paraba la lluvia. La mente de Milton quedó en blanco, la fuerza de la lluvia se intensificó. Guardó la botella de chicha en la maleta y no tuvo más remedio que seguir a la vieja de ruana negra hasta la casa de adobe. Por el camino pensó muchas cosas. Tenía que ser prevenido para que no le diera algún menjurje. Su amigo apenas podía arrastrar los pies y no podrían correr si la anciana intentaba hacerles algo.

En el patio vio un cráneo de una vaca, cerca del lavadero donde descolgaban unas tusas de maíz con granos reseco. Al lado de la puerta había unas botas de caucho verde beige. Cuando la anciana abrió la puerta, unos destellos de luz escaparon del fogón. Al entrar a la cocina, la anciana entrecerró la sombrilla y la dejó escurrir lejos de la estufa de leña. Les pidió que se sentaran. Se acomodó la ruana hacia la espalda, llenó de agua una olleta que estaba al lado del fogón, le añadió un trozo de panela, clavo, canela y la ubicó en el fuego. La llama se avivó con otros palos de leña que metió. En ese momento corroboró que la cocina estaba pintada de negro por el hollín. Había varios tarros en el estante que salían de la pared del fondo. Al otro lado, un canasto descolgaba de las vigas del techo. Alcanzó a ver resplandecer los ojos del gato que estaba en el zarzo y los vigilaba.

La vieja encendió una vela y se sentó junto a ellos. Metió la vela en el candelabro y lo miró a los ojos.

— ¡Buenas noches sumercéj Romelia Cucunubá para servirle. Yo sí le recibo un vaso de chicha, hágame el favor...

Se levantó de la mesa y trajo un vaso de vidrio, por el frío y el terror la mano de Milton temblaba cuando servía. Milton sabía que no podía demostrarle miedo. Esa sería su principal arma para caer en los enredos. La vieja puso su mano sobre su dorso, lo miró; le pidió que se tranquilizara que ya le preparaba un tinto.

Se preguntaba ¿Qué pasaría después de tomarse el tinto? Entonces el agua de panela comenzó a hervir y ella se devolvió al fogón. Arturo se acomodó y siguió roncando. La lluvia chocaba con más intensidad sobre las tejas de barro. El gato maulló.

La anciana le ofreció el tinto en un plato. No podía provocar las sospechas de ella. Así que recibió el pocillo. Ella se sentó, bebió algunos sorbos de chicha y luego Milton se dio por enterado de que su hija vivía en Bogotá, que tenía un nieto llamado Maicol Torres Cucunubá. Que mucho antes de llegar a Tunja vivía en un pueblo llamado Chivor. Tenían una finca donde sembraban plátano, yuca, café y maíz. Cuando su hija tenía cinco años, a principios de un año nuevo, llegó un grupo armado que vestía camuflado a rodear la finca. El comandante les dio treinta minutos para recoger todas las cosas que pudieran cargar.

Alistó la ropa y los objetos más preciados, su marido llegó enseguida y discutió con los invasores. Lo golpearon entre cinco hombres de la tropa. Le apun-

taron con sus armas en el pecho. Enseguida sacaron unas escrituras y se las hicieron firmar mientras la escopeta apuntaba su cabeza. El comandante le permitió llevar el caballo cargado con las maletas pero no dejaron que su marido se fuera con ella. Nunca más lo volvió a ver. Por esas épocas llegó a Tunja con sus maletas y la plata del caballo que vendió en el pueblo de Guateque.

Se hospedó en un hotel del terminal de transportes. Trabajó dos años en una casa de familia y después se pasó a vivir al potrero y se dedicó a vender, en el centro por la carrera 11, aromáticas, maíz, arveja y frijol, como lo hacía antes de vivir en Tunja, cuando viajaba los domingos a la plaza de mercado de Guateque a ofrecer las cosechas de la finca, las aromáticas o los canastos de chusque que tejía con sus primas.

Le contó que en la huerta tenía varias plantas medicinales y que iba a traer un poco de cilantro para prepararle a su amigo un caldo negro. Ella lo acosó para que se tomara el tinto y salió de la casa. Intentó despertar a su amigo pero no se podía sostener. Era el momento de escapar.

Ella trajo del fondo de la casa un tarro redondo y otro de vidrio largo, le aplicó en la frente un poco de pomada del tarro redondo. Le dijo que era pomada de Romero y de hierba mora para calmar el malestar en la cabeza, y que para que se despertara tenía que oler aceite de anís que le había enseñado a preparar su abuela. Untó unas gotas en la nariz de Arturo, esto lo hizo reaccionar. Abrió los ojos, pero aún estaba muy mareado.

Romelia preparó el caldo con un pedazo de carne que sacó del canasto, cilantro y ajo. Sirvió los tres platos y los puso sobre la mesa. Cada uno se lo tomó sin mediar palabra. Algo había pasado con Arturo, apenas lo reconocía.

Romelia les aconsejó que tuvieran cuidado con la chicha que era traicionera. Su amigo le dijo que quería orinar y con el pretexto de ir al baño se despidieron de Romelia, Milton estuvo muy atento a la reacción de ella. Les recordó que eran bienvenidos cuando quisieran visitarla. Los despidió y se quedó tejiendo en una silla al lado del fogón. Subieron por el camino de piedra que comunicaba a la calle.

Sus sombras vibraban sobre el asfalto mojado. Milton no pudo sacarse a Romelia de la cabeza durante varios días. ¿Qué les habría hecho?, jamás lo sabría.

Unas semanas después Milton pasaba por el frente del potrero. Se quedó mirando una retro excavadora que tumbaba la casa de adobe. Corrió hacia los obreros que trabajaban en el potrero, y preguntó por la vieja de la casa. Uno de ellos le informó que la habían desalojado y que se la habían llevado para el Ancianato porque ya había cumplido la edad y nadie respondía por ella. Además, que los predios pertenecían a una empresa de telecomunicaciones y que a ellos los habían mandado a construir unas instalaciones para ubicar otra antena y mejorar la señal en la ciudad.

## Deambulo

Estas calles no conocen mi nombre. Los parques en que una vez jugué han perdido sus columpios. La vecina que vendía los helados de coco fue arrollada por la vejez. Las Chispitas Mariposa se extinguieron de los estantes. Me he convertido en un fósil más en las ruinas de esta ciudad. Me escabullo por los rincones de las construcciones, por los lugares que aún no tienen nombre o lo han olvidado. Una niebla penetrante se posa en las áridas montañas. Por caminos de trocha y asfalto circulan los hombres, cada uno imprime su destino en los suburbios, se aísla en su universo de palabras y erige sus fronteras pero los territorios entrecruzan sus tentáculos.

Deambulo la ciudad, me sumerjo en sus rutas poéticas y habito las voces de los que no son escuchados, las que se han enroscado en lo cotidiano, esas a las que les negaron la herencia. “Soy el futuro del presente que aún es pasado”. La sombra de los que viven detrás de la corteza.

Soy una onda por las calles del concierto. El reflejo de mi carne se difumina sobre el asfalto. Rodaje en las vitrinas de la plaza. El escándalo de los motores asciende por las lomas, mi cielo se empa-

ña de grises. Un pájaro canta en las cuerdas de la luz, lo espanta el eco del ornamentador. El bodegón de aguacates dobla la esquina, se me hace agua la boca. Multitud de gestos aparecen de repente en el andén, las fronteras ocultan las vidas del fracaso, alegrías humildes que se resisten a la fama.

El conductor anuncia la salida del bus a Villa de Leyva. Debajo de él, la intimidación del hombre viaja en sus aguas negras, lleva los desechos, las pesadillas y los recuerdos. Con música norteña beben cervezas en una mesa. Un transeúnte fluye por los andenes. Un hombre observa el silencio de las calles desde sus audífonos. Un horizonte de casas se pierde en los extremos. El viento viaja por los límites de las rejas, en los jardines sacude los cabellos. En los paraderos de bus quedan pegados pedazos de palabras.

Una avenida gris divide las murallas, debajo del semáforo una banda de palomas devora sobrados de frijol y arroz, un perro canequero las espanta y hucica una pezuña de puerco. Unos ojos me miran sin desprecio. En el barranco pedazos de terracota despiden el ocaso. Los aromas del bosque acarician los pulmones, la oscuridad impera en sus territorios, cantos de grillo recogen la noche.

La casa de mi lenguaje es un aerosol vomitado, la esperanza de una imagen que se corroe letra a letra. Vienen las horas en candileja, fallos a destiempo. Ruidos intrusos explotan en mí, sus trastornos y deseos se revelan como personajes e imá-

genes en escena. Y surge esa sensación de quitarle la virginidad al papel, de arriesgar hasta la última reserva de loca lucidez. Voy llegando a la escritura vibrátil.



# Índice

Presentación.....	9
Anita de los inciensos.....	11
El Tonny .....	25
Camaleón.....	31
Clandestino.....	39
Gota de Niebla .....	55
De ruana negra.....	65
Deambulo .....	75

Se terminó de imprimir esta obra en la Corporación Cultural Alejandría  
en la ciudad de Tunja, con una edición de 1.000 ejemplares.  
el día 23 de noviembre de 2017.

[corporacion-alejandria@hotmail.com](mailto:corporacion-alejandria@hotmail.com)